

Productividad, poder y selección global

Nicolás Garrido-Director Instituto de Políticas Económicas UNAB

En una columna anterior, siguiendo al politólogo Andrés Malamud, sostuve que el desafío chileno podía entenderse como un desarrollo por invitación: crecer no solo mediante reformas internas, sino a partir de una inserción estratégica en un mundo en transformación. Hoy, ese marco resulta insuficiente. El escenario global sugiere que el mundo que emerge ya no invita: selecciona.



La competencia entre Estados Unidos y China no es solo geopolítica, sino productiva. Ambos reordenan cadenas de valor, tecnología y seguridad bajo criterios de confiabilidad y control estratégico. En este contexto, los países no eligen libremente su lugar: son evaluados según su capacidad de aportar valor, cumplir estándares y sostener alianzas de largo plazo.

La postura del gobierno estadounidense respecto del impulso a su industria de defensa debe leerse como política industrial geopolítica, donde innovación, compras públicas y alianzas estratégicas aseguran capacidades críticas. Los socios relevantes no son los

más baratos ni los más neutrales, sino los más capaces y confiables.

Esto redefine la productividad. Ya no es solo un problema económico interno, sino una credencial estratégica. Un país productivo cumple plazos, protege contratos y transforma inversión en resultados. Persistir en una neutralidad es cómodo, pero implica el riesgo de quedar bien evaluado y, aun así, irrelevante.

El desarrollo del siglo XXI exige algo más que esperar invitaciones: construir capacidades para ser seleccionados, no para alinearse acríticamente, sino para participar en la frontera donde hoy se define el desarrollo.